

«BUSCANDO TRABAJO»: HISTORIA LABORAL DEL LITORAL ATLANTICO

Por Ronnie Vernooy

En este artículo presentaré extractos de la historia laboral de Santiago Rivas,¹ un reconocido ex-perto en árboles del área de Bluefields, un hombre de origen creole-mestizo, de 64 años de edad y con una gran experiencia en el sector maderero de la Costa Atlántica.² Creo que esta historia laboral revela algunos aspectos importantes de la historia de la Costa, que hasta la fecha han sido desconocidos o, al menos, poco discutidos.

«Yo no soy político. No soy revolucionario, pero tampoco soy un contrarrevolucionario. Una noche un hombre llegó a mi casa y me dijo: ‘vamos a hablar sobre esto y aquello,’ pero yo le contesté: ‘para mí, sólo hay una política, que es trabajar, ir al monte, cortar árboles y obtener mi pago quincenalbio’».³

En primer lugar, analizar esta historia laboral nos mostrará los cambios en la actividad económica de Santiago durante las diferentes etapas de su vida. Nos ofrecerá una impresión de su trabajo en el bosque y en otras áreas de las empresas económicas, durante aquellos períodos en que las oportunidades de trabajo en el sector maderero eran escasas. Trae consigo una apreciación de cómo, conforme a sus capacidades, conocimientos, recursos económicos y relaciones sociales, Santiago (y sus parientes cercanos) ha tratado de solventar problemas básicos para sobrevivir tomando en cuenta las nuevas oportunidades que

se le han presentado. Al mismo tiempo, su historia revela la clave de las relaciones sociales que han constituido estas actividades.

Además, esta particular, y en parte incomparable historia laboral, podría mostrar cambios que han ocurrido en la región atlántica y, ocasionalmente, en otras partes del país. Las citas podrán clarificar algunas consecuencias sociales de las fluctuantes demandas de trabajo, tierra (bosques), capital e infraestructura, a nivel regional, nacional e internacional.

He recogido esta historia laboral a través de una serie de entrevistas informales y formales con Santiago. Su historia ha sido, por tanto, reconstruida paso a paso. Por entrevistas informales entiendo sesiones medioestructuradas y grabadas, en las cuales pedí a Santiago que hiciera, hasta donde le fuera posible, un recuento cronológico detallado de los distintos trabajos o actividades económicas en las cuales había participado. Durante estas entrevistas traté de limitar mis intervenciones al mínimo, para no distraerlo de la secuencia de su historia. Mirando retrospectivamente puedo clasificar mis preguntas en dos grandes categorías. Una fue aclarar cuándo ocurrió un acontecimiento (mes, año); así descubrí ciertas inconsistencias en la secuencia de Santiago. Esto fue posible comprobarlo durante los períodos en que él no contaba con una situación de empleo estable, *i.e.*, los tiempos más difíciles. La otra pregunta se refería a las formas específicas en las cuales había tenido que cambiar de un trabajo a otro y de un lugar al próximo. Su historia se parece mucho a la descripción de un hombre que se hace a sí mismo. Algunas veces, sin embargo, me preguntaba cómo había hecho para «ir y venir» dentro y fuera de la Costa Atlántica, buscando y encontrando nuevas oportunidades de empleo. Por eso, le pregunté varias veces si él había hecho cambios de ocupación a través de contactos específicos con amigos o mediante solicitud propia.

1- Seudónimo.

2- Este artículo se basa en datos presentados en: Ronnie Vernooy, *Starting all over again: making and remaking a living on the Atlantic Coast of Nicaragua* (Wageningen, 1992). El trabajo de campo (agosto 1988 - noviembre 1991) fue parte de un proyecto de investigación llevado a cabo por el Departamento de Sociología del Desarrollo Rural (Universidad Agrícola de Wageningen) en cooperación con el Centro de Investigaciones y Documentación de la Costa Atlántica (CIDCA). El proyecto recibió financiamiento de la Fundación Holandesa para el Progreso de la Investigación Tropical (WOTRO).

3- Santiago Rivas, entrevista del autor, febrero 21, 1989.



FOTO ARCHIVO BARRICADA

Bluefields

Una y un millón de historias todavía por contar

En general, la historia reciente de la Costa Atlántica ha sido escrita como una serie de relatos fragmentados de intervenciones externas y sus principales consecuencias negativas para la población costeña, la economía y la ecología de la región. Las intervenciones externas de potencias internacionales, en especial de Estados Unidos, las compañías en busca de recursos económicos vitales, las tropas militares norteamericanas defendiendo intereses geopolíticos, y la Iglesia Morava con su misión de divulgar sus creencias y prácticas religiosas, son descritas detalladamente. Estas, a su vez, son complementadas con la historia de otras intervenciones efectuadas por fuerzas nacionales proceden-

tes de la región del Pacífico: la llegada y penetración del Estado somocista y de la revolución sandinista. Según estas versiones de la historia costeña, dichas intervenciones han marcado, al menos hasta 1979, los patrones de un creciente «desarrollo» capitalista desigual, acompañado por un retroceso social, pobreza extrema, contaminación de ríos, deforestación en gran escala, creación de una jerarquía étnica ocupacional y fuertes divisiones interétnicas, que han limitado el desarrollo de un mercado nacional de capital, de bienes y de servicios. Política y culturalmente, esto trajo consigo una fuerte identidad costeña opuesta a la de «los españoles» -población/cultura mestiza del Pacífico. Aún más, ha contribuido a percibir el Estado de Nicaragua como ignorante, dominante, hostil y foráneo.

Ejemplos de algunos estudios que describen la historia costeña de esa

manera son: *La Mosquitia en la revolución*, por el CIERA; *El Desafío Indígena: El caso de los miskitos*, por Jorge Jenkins; el artículo publicado por Peter Sollis, «Autonomy and development: the Atlantic Coast of Nicaragua», y *Del colonialismo a la autonomía: modernización capitalista y revolución social en la Costa Atlántica*, por Carlos Vilas.⁴

Aunque las descripciones y explicaciones dadas por autores nicaragüenses o extranjeros son similares - en su mayoría basadas en fuentes se-

4- CIERA (Managua, 1980), Jenkins (Managua, 1986), Sollis (The Journal of Latin American Studies, 21, pp. 481-520), Vilas (Managua, 1990). Ver también un artículo anterior escrito por Vilas titulado «Revolutionary change and multi-ethnic regions: the sandinista revolution and the Atlantic Coast», en: CIDCA/Development Study Unit, *Ethnic groups and the nation state: the case of the Atlantic Coast in Nicaragua* (Stockholm, 1987), pp. 61-100. En una sección relacionada a

cundarias- al considerar los efectos de estas intervenciones en la vida de la población costeña, estos autores representan ante todo la perspectiva (ideas e intereses) de varios interventores.

En esto estriba su fortaleza y también su debilidad. Su fortaleza, porque la historia costeña no puede entenderse obviando esos antecedentes, pues dichas intervenciones (a menudo violentas) han moldeado patrones específicos de cambio en la región. Su debilidad, porque no abordan adecuadamente las distintas maneras en que, de manera más o menos exitosa, la población costeña se ha adaptado a los términos de esas intervenciones. Estos análisis fallan al no tomar en cuenta la diversidad de una sociedad en la cual podemos encontrar diferentes formas de producción, estructuras sociales, lenguas, estilos de vida y mentalidades.

Sin embargo, para hacer uso de este enfoque teórico o analítico se requiere de una metodología distinta. Dicha metodología debería buscar fuentes primarias y evitar enmarcar la historia costeña en un modelo particular etiquetado con el sello de «hecho en el extranjero». Por esta razón deberíamos elaborar varias historias de vidas, incluyendo historias profesionales o laborales, tratando de obtener documentos escritos por personas costeñas: diarios, testimonios, cartas, informes y archivos, panfletos, periódicos, revistas y libros. La historia costeña está definida no sólo por los actores que hacen más «ruido», sino también

las razones de por qué la población costeña no participó en la revolución de 1979, llega a señalar que «en general, puede aceptarse que después de la crisis de 1929 -pues con anterioridad hubo una fuerte represión a las huelgas de los trabajadores en la Costa- y el asesinato del General Sandino en 1934, la población costeña desapareció como fuerza social, i.e., un grupo social capaz de generar efectos específicos en los ámbitos políticos e ideológicos de la sociedad nacional: el gobierno, los partidos políticos, el movimiento sindical, etcétera.» (p. 69, su énfasis). Aparte de la visión reduccionista en lo político e ideológico que el autor pregona, el uso del concepto extremadamente genérico de «población costeña» puede ser cuestionado.

por las «una y un millón de historias», aun la más silenciosa y aparentemente insignificante. Ello podría mostrarnos que los cambios no ocurren a una sola velocidad sino a distintas, de tal manera que algunos de estos cambios podrían efectuarse muy lentamente.

Muchos investigadores del Centro de Investigaciones y Documentación de la Costa Atlántica (CIDCA) han empezado esta tarea retadora recolectando historias orales sobre la ciudad de Bluefields; las llamadas Historias de Anancy, del inefable hombre-araña, y otras fábulas creoles, son parte de la herencia cultural de la población creole en el Caribe.⁵ Con Virgilio Rivera presentamos fragmentos de la historia laboral de un hombre miskito apodado «El Dama», que describe la experiencia reciente y la historia pasada de la población miskita en el área del río Coco. Lejos de estar completa, su historia pretende mostrar esfuerzos similares para ilustrar la historia de los miskitos tal como la vivieron y la continúan viviendo.⁶

«La vida en el monte»

Santiago, nacido en 1929, creció en Bluefields. Hijo de una nicaragüense de origen mestizo, hispano-parlante, y de un padre creole que había llegado de las Islas Caimán, anglo-parlante, hizo énfasis en su doble origen étnico: «Mi madre era una mujer india de Matagalpa y mi padre tampoco era de aquí (la Costa Atlántica). Mi padre era de las (islas) Caimán. Lo que significa tener dos tipos de sangre».

Su padre había llegado a Nicaragua en 1925, como de 17 años de edad, era músico y miembro de un conjunto popular. En 1938, cuando Santiago

5- Hugo Sujo Wilson, «Historia oral de Bluefields», en WANI 1991, 9, pp. 32-39; y WANI, Mayo/Agosto 1991, pp. 38-59.

6- Virgilio Rivera y Ronnie Vernooy, «El Dama: una historia laboral costeña» en: Ronnie Vernooy et al. *Cómo vamos a sobrevivir nosotros? Aspectos de las pequeñas economías y autonomía de la Costa Caribe de Nicaragua* (Managua, 1991), pp. 15-37.

tenía nueve años, su padre dejó la casa en Bluefields para viajar a las Islas Caimán; un viaje del que nunca regresó. Santiago recuerda que su madre -nacida en 1912- y una profesora en Bluefields describieron a su padre como «vago» o vagabundo; en pocas palabras, un hombre que antepone todo a su placer de tocar música, bailar y beber. Ahora Santiago vive en Bluefields, con su esposa Yolanda y tres hijas cuyas edades son siete, quince y dieciocho años. Las dos hijas mayores asisten al Colegio San José de Bluefields. Yolanda es de origen mestizo, nacida en Ciudad Rama. Ella dedica la mayor parte de su tiempo al hogar, cuidando de la casa y las niñas. Su familia (madre, tres hermanos y una hermana) mantiene contacto regular con ella, pues viven en el área del río Siquia. Santiago no tiene ningún pariente cercano en la Costa Atlántica. El único hermanastro por parte de madre, Ramón, salió de Nicaragua hacia México hace cuarenticinco años, y jamás regresó. Su única hermana, Rosita, murió a la edad de once años.

El campamento de caoba

Santiago comenzó su carrera laboral a la temprana edad de 12 años, durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Al quedar solo, después de la muerte de su madre -su padre había regresado a las Islas Caimán-, pasó a vivir con un tío que lo llevó al bosque. Su tío, un contratista maderero local, quería trabajar en los campamentos de las grandes compañías y ello definió el futuro inmediato de Santiago. Durante esta época, la Costa Atlántica de Nicaragua sufría una prolongada crisis económica que tenía sus orígenes en el derrumbe de la bolsa de valores de Nueva York en 1929. Era el comienzo de la gran depresión que afectó las actividades económicas mundiales.

En la Costa Atlántica, la situación era crítica: desde 1929 en adelante, la producción bananera se redujo dramáticamente. En 1943, el país no ex-



Bananeras

portó bananos. La agricultura de subsistencia era insignificante, debido en gran medida a la tradición de importar alimentos. Al mismo tiempo, el comercio, las importaciones y las exportaciones en general, se estancaron a niveles muy bajos al ser retirados los barcos para ser usados con fines militares.

Las únicas actividades económicas menos afectadas por la crisis fueron las extracciones de madera y de hule, pues ambos productos eran estratégicos para la maquinaria de guerra puesta en movimiento por el gobierno de los Estados Unidos. La producción de hule obtuvo una importancia relativa; después de Brasil, Nicaragua llegó a ser el segundo mayor exportador en el continente. El auge del hule fue de corta duración (1942-1944) y estuvo controlado en su mayoría por compañías norteamericanas. Sin embargo, las compañías madereras y de hule ofrecieron traba-

jo a un sinnúmero de contratistas locales, subcontratistas, marcadores y cortadores de árboles, extractores de látex y trabajadores en los muelles del Bluff y de Bluefields.

«Cuando comencé a trabajar en el bosque era joven; bueno, era el mismo negocio de la caoba. Yo comencé trabajando en un campamento de caoba a los 12 años de edad. Mi mamá murió cuando tenía once años y no tenía familia aquí. Y así fui al monte con mi tío y comencé a trabajar, justamente cortando caoba. Trabajé en Kuringwas, río Siquia, río Kama, río Mahogany y río Grande. Mi tío era un contratista que operaba de la misma forma que CORFOP lo hace ahora. Haciendo contratos, marcando árboles, cortándolos, haciendo carriles (senderos en el bosques) y después acarreamos los árboles hacia el río. En ese tiempo, nosotros cortábamos los árboles sin motosierra, todo se hacía con el hacha.

En aquel tiempo, nos pagaban en córdobas y cuando comencé a trabajar nos pagaban por día, aunque a veces se trabajaba por contrato. Como yo comencé trabajando casi niño, me pagaban por día. En ese tiempo se acostumbraba recibir dos córdobas haciendo carriles, descargando madera, y marina; esta última actividad era llevar la provisión de arriba hacia abajo en una canoa. La primera vez que trabajé en el río Kuringwas fue con Tomas Ocampo. Habían varias personas trabajando por contrato en ese lugar: Tomás Ocampo, Marcelino Sequeira, Víctor Bravo, Mónica Largaespada, Ernesto Largaespada».

Santiago menciona los nombres de todos los contratistas con quienes había trabajado. Tomas Ocampo (padre e hijo) y Mónica Largaespada eran importantes contratistas madereros locales; ellos operaron, desde 1945, con la Weis-Fricke y otra compañía llamada CAMCO (Central American

Mahogany Company). Estos contratistas recibieron parte de su pago en adelanto para organizar una tropa de hombres que cortaran y sacaran árboles. Ellos también acostumbraban mantener herramientas de la compañía, además de involucrarse en la distribución de alimentos, ropa y otros artículos básicos para la fuerza de trabajo, los cuales conseguían por medio de los comisariatos de la compañía. Víctor Bravo, un migrante de Chontales, y Marcelino Sequeira, un hacendado costeño, eran también contratistas, y más tarde, durante las décadas de 1960 y 1970, trabajaron con los empresarios madereros cubanos, entre ellos, Vicente Mira, José Luis González y Pedro Hernández.

«En ese tiempo, las compañías, la primera gran compañía que llegó a Nicaragua, se llamaba... Weis-Fricker. Era la primera vez que iban del lado de Kuringwas. Se fueron por el camino que atravesaba Matagalpa. En dos años construyeron el camino que va hasta Santo Domingo, Chontales. El conductor del camión, un español llamado Gustavo Matamoros, trabajaba en ese camino. Esta compañía era algo diferente, tenían camiones y tractores. Tenían una oficina, aquí, en Bluefields, cuando se va hacia el mercado, en la esquina, un edificio de concreto. Yo trabajé con la Weis-Fricker casi año y medio».

La Weis-Fricker no era realmente la primera compañía que operaba en la Costa, pero, para Santiago, la empresa representa su primer encuentro con una compañía grande y, para esa época, relativamente moderna. Los camiones y tractores obviamente le impresionaron. En 1951, la compañía Weis-Fricker despidió la mayoría de sus trabajadores a lo largo del río Kuringwas, pues estaba esperando la próxima estación seca para extraer la madera.⁷ Este carácter cíclico de operar ha sido y continúa siendo un rasgo central de la empresa maderera en la Costa.

«En ese tiempo... tenía casi 15 años de edad, es decir, 1944. En ese tiempo

los salarios eran bajos. Si, el mejor salario era cinco córdobas al día, pero era una cantidad apreciable. Porque unos pantalones como éstos (señalando sus pantalones de trabajo) costaban seis, siete, nueve córdobas. Se podía hacer 30 córdobas a la semana; 120 al mes. Porque una libra de azúcar costaba diez centavos; un refresco, diez centavos; un paquete de cigarrillos, 25 centavos; y un plato de comida, 50 ó 75 centavos.

Todo ese tiempo vivimos en el monte, porque no es como ahora. Eso era algo distinto cuando se iba al monte y nos pagaban cada cuatro o seis meses, a veces al año. ¿Por qué hacían eso? Porque en el monte ellos mantenían de todo: ropa, medicinas, provisiones, machetes, hachas. Lo que quiero decir es que no era necesario ir a la ciudad, porque podíamos conseguir de todo en el campamento. Algunas veces fuimos al monte por seis, siete, ocho meses, hasta por un año. No es igual ahora, cada quincena, cada último día del mes, se recibe pago. En ese tiempo se trabajaba, de fijo, ocho horas al día.

Había un gran comisariato ¡y podía comprar cualquier cosa! Cuando necesitaba algo... Digamos que eras el jefe, entonces yo iba y necesitaba algo,

por ejemplo, un par de zapatos para trabajar. Entonces yo hacía una lista para ir al comisariato. Llegado el momento de hacer la liquidación descontaban (de mi salario) lo que habías recibido antes».

Jorge Jureidini

A excepción de los sectores del hule y de la madera, los años de la Segunda Guerra Mundial fueron difíciles para la mayoría de la población costeña, pues la crisis económica de la década de los 30s fue de mal en peor.⁸ Después de la guerra, la situación en la Costa Atlántica continuó problemática. Aunque la producción bananera mejoró considerablemente, nunca llegó a alcanzar los niveles previos a la guerra; la agricultura, por su parte, se mantuvo a niveles de subsistencia.

Sin embargo, algunos empresarios locales, «los grandes negociantes» según las palabras de Santiago, aquéllos que antes de la guerra se habían involucrado en el comercio del banano y de la madera, proporcionaron un importante estímulo para reactivar las actividades comerciales. Estos hombres y sus familias -descendientes de inmigrantes-, se encarga-



FOTO ARCHIVO CIEXA

Empresa maderera

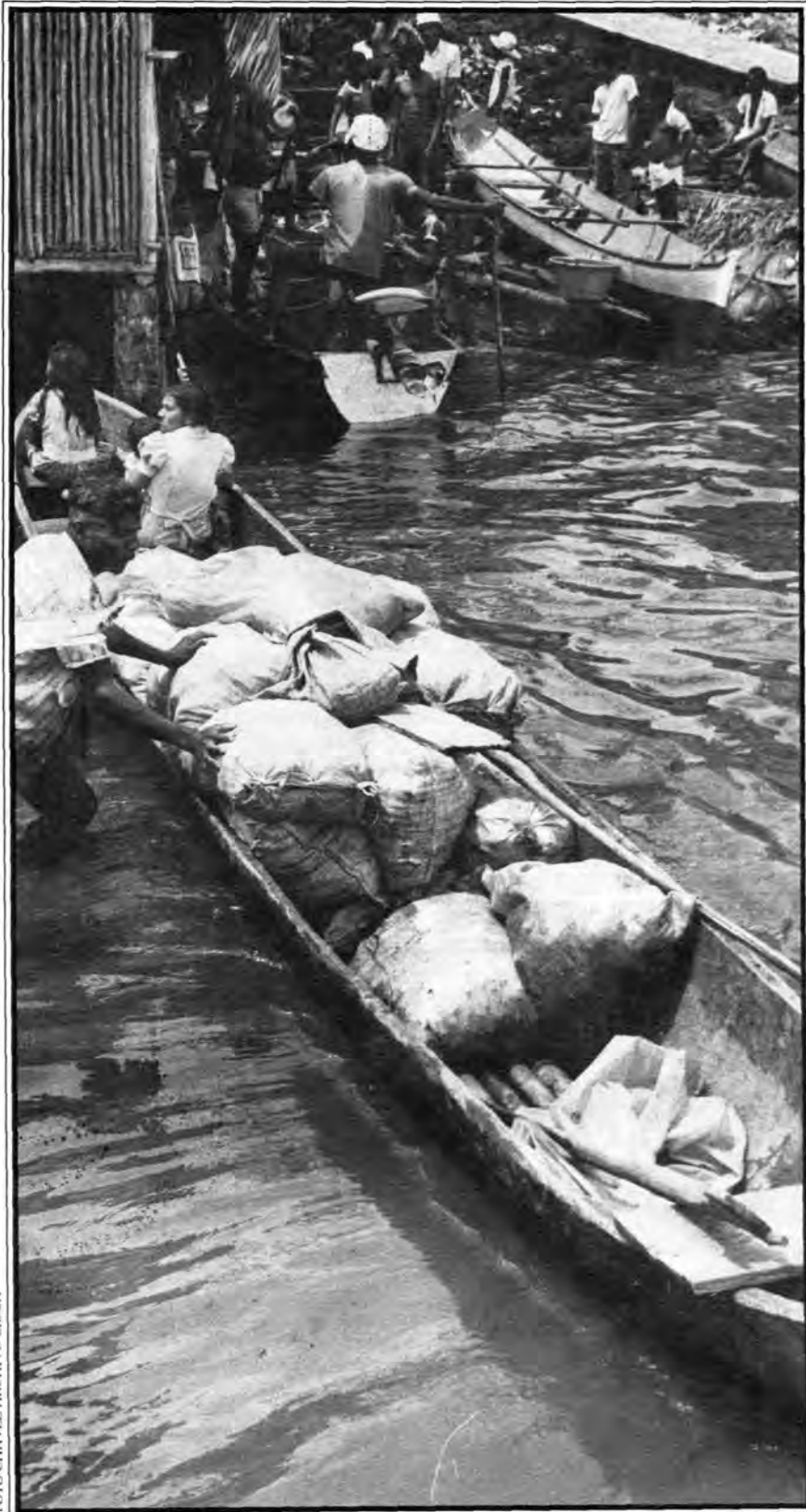


FOTO CHÁVEZ ARCHIVO CIDCA

Actividades comerciales en Bluefields

ron de establecer estrechas relaciones con las compañías extranjeras y las autoridades regionales, quienes les ayudaron a continuar con sus empresas económicas. Su ética laboral era uno de los factores que orientaban sus esfuerzos.

Hasta la fecha, el papel de estas familias costeñas no ha sido analizado en detalle, pero de varias fuentes de información podemos concluir que jugaron un papel importante en actividades económicas y socioculturales de la región durante las décadas de los 40s, 50s y 60s. En su continua búsqueda por nuevas oportunidades comerciales a nivel regional e interregional, ellos estimularon la demanda de trabajo e infraestructura, mientras traían y mantenían en circulación considerables cantidades en efectivo. Santiago nos ofrece un recuento de su experiencia con estas compañías costeñas.

«Desde entonces he trabajado, trabajando y creciendo un poco. Comencé a trabajar una finca en el río Siquia, sembrando maíz, bananos, yuca, engordando cerdos. Trabajando solo, porque mi tío había muerto. Trabajé en ese lugar por doce años, no recuerdo. Comencé trabajando la finca bananera sobre el río Siquia y haciendo contratos aquí en Bluefields con un Jurien, mister Jurien (Jorge Jureidini) y un hombre chino-creole llamado mister Walter Tom.

El jefe principal era Jorge Jurien. El era turco, árabe. Era un hombre de negocios. No sé a cual compañía pertenecía, pero era el jefe principal. Tenía negocios de caoba y de banano. Había otro jefe llamado Walter Tom, que era de Bluefields. Y después, con la Weis-Fricker, pero esta compañía canceló sus operaciones. Cancelaron y las compañías bananeras llegaron. Ellos comenzaron con la compañía bananera, Mister Jurien y Walter Tom. Tenían todo tipo de barcos. Compraban en el río Siquia y río Grande y vendían bananos en el Bluff; lo em-

8- Víctor Bulmer Thomas, *La economía política de Centroamérica desde 1929*, (San José, 1989); James Dunkerley, *Power in the isthmus. A political history of modern Central America*, (London and New York, 1988).

barcaban hacia los Estados Unidos. También vendían madera tanto en el río Siquia y río Grande como aquí en el Bluff, acarreando bananos al Bluff y vendiéndolos a las compañías americanas. Yo acarreaba los bananos en una mula a la ribera del río y ellos los cargaban en una panga al bote. En aquel tiempo se vendían nueve manos del racimo de bananos por tres córdobas.

Fui contratado por él (Jureidini) para proveer 15,000 pies (de madera). En ese tiempo pagaban por cada 1,000 pies 350 córdobas, puestos aquí en el aserrío, en Bluefields (propiedad de Jureidini). Recuerdo cuando fui donde un conocido llamado Hermano Bond, aquí en Bluefields. Yo vine por provisiones; dos quintales de harina, frijoles, arroz, cigarrillos, tabaco, ropa, toda clase de cosas y una «veintidós» (una pistola)».

Jorge Jureidini era un empresario importante, descendiente de inmigrantes de Argelia, que había trabajado -para compañías madereras y en su propio negocio- como exportador de bananos y madera. Junto con otro costeño descendiente de inmigrantes chinos, Walter Tom, tuvo un papel destacado en la década de los 50s cuando la mayoría de las compañías habían abandonado la región. De 1929 en adelante, Jorge Jureidini había trabajado para la American Fruit Company como contratista, comprando bananos a los productores independientes. En 1949 comenzó su propia empresa, exportando bananos a los Estados Unidos. El tenía dos barcos, con una capacidad de 180 toneladas y equipados con un sistema de refrigeración para almacenar 8,000 ó 9,000 racimos de bananos. También tenía varios botes y remolcadores (uno se llamaba La Georgina) para transportar frutas y madera de los ríos a los muelles de Bluefields y el Bluff.⁹

«Hacia Kukra Hill»

Al final de la década de los 50s, las compañías de Walter Tom y Jorge Jureidini sufrieron una serie de pérdidas financieras, debido a problemas técnicos, plagas del banano y al aumento de la competencia en el mercado. Los hacendados fueron afectados por este nuevo período de receso en el sector bananero. Ello motivó que Santiago buscara un nuevo trabajo.

«Es así que avanzaba, había pocas oportunidades de trabajo y ya estaba cansado, así que vendí la finca para buscar otro tipo de trabajo.

Entonces vine a Bluefields y regresé a trabajar al campamento de la NIPCO (Nicaraguan Long Leaf Pine Lumber Company). Eso fue en Puerto Cabezas, porque NIPCO estaba localizada en Puerto Cabezas. Había otra compañía operando aquí en Bluefields, es... no recuerdo... ellos eran cubanos. Su gerente era... habían dos de ellos, uno se llamaba Luis (González) y el otro se me olvidó su nombre. Yo trabajé con esta gente cortando cedro macho, caoba y ceibo, todas eran maderas de primera clase. No por contrato, sólo trabajaba para ellos. Luego fui a Kukra Hill».

Eso fue en 1,958. La idea de ir a Kukra Hill fue iniciativa de Nicolás, un amigo que preguntó a Santiago qué hacía solo en el monte y por qué no venía con él a Kukra Hill, donde había «dinero en abundancia». Ambos fueron a Kukra Hill, Santiago por cierto tiempo, Nicolás todavía vive allí a cargo de una finca que compró después de trabajar algunos años en el área.

Después de la Segunda Guerra Mundial comenzó lo que podría llamarse la «modernización» de la Costa Atlántica.¹⁰ Influenciado por ideas desarrollistas a nivel internacional, el gobierno de Somoza inició una serie de programas y proyectos orientados hacia la integración física y cultural de la Costa. El principal objetivo de esos programas y proyectos era crear una nueva base para la acumulación

de capital, esta vez dirigida por instituciones estatales controladas por la familia Somoza.

Planes de varias iniciativas capitalistas a gran escala llegaron hasta Bluefields. Uno de esos proyectos, el establecimiento de una fábrica azucarera en Kukra Hill, se terminó en 1966. La caña de azúcar fue introducida en el área desde el Pacífico y cultivada en las terrenos de la hacienda Tierra Dorada. Esta hacienda perteneció originalmente a la United Fruit Company y fue administrada después por la Cukra Development Company. En 1958, la hacienda pasó a manos de los Blue Brothers, Hamm, Smith y Company Limited. Esta compañía norteamericana utilizó las tierras para la producción de bananos, nuez moscada y cacao, llegando a sembrar, en 1958, una extensión de 2.400 acres. Sin embargo, en 1959, la plantación de bananos fue afectada por la plaga de Panamá. Después de este fracaso, la hacienda pasó a manos del Banco Nacional de Nicaragua, y se hizo un intento por reactivar el negocio de las frutas por medio de la introducción de nuevas variedades que podrían resistir la plaga de Panamá; fue un fracaso, debido a la ineficiente administración.

Luis Somoza, interesado en la hacienda, decidió hacerse cargo de la empresa. En vez de sembrar otra vez bananos introdujo caña de azúcar. A pesar que las condiciones ecológicas eran desfavorables para este cultivo, el establecimiento del ingenio atrajo un gran número de trabajadores de todo el país. Un nuevo camino fue abierto para el transporte de pasajeros y productos. Interesado en lo que pasaba en Kukra Hill, y dada la crisis en los sectores bananeros y madereros, Santiago siguió la iniciativa de su amigo para buscar otro empleo y decidió ir a Kukra Hill, incorporándose a la fuerza de trabajo en esta área.

«Eso fue en los tiempos de Somoza... Porque la primera vez que llegaron a Nicaragua, a Kukra Hill, y sembraron cepas de bananos fue la Neil Blue Brothers. Porque el Banco se la apropió antes y luego se la otor-

9- La Información, Diciembre 24, 1944.

10- Vilas, *Del Colonialismo*, pp. 129-192.



FOTO ARCHIVO CIDCA

gó a la Neil Blue Company. La Neil Blue se fue y Somoza se adueñó de la hacienda. Eran dos hombres jóvenes de los Estados Unidos. El primer americano que se hacía cargo, aunque el gerente, capataces y mandadores eran gente nicaragüense. La compañía ofrecía de todo, casas para los hombres, una cocina, un lugar amplio donde dormir. Habían unos 600 ó 700 hombres trabajando en ese lugar, todo tipo de gente, creole, indios, miskitos. Tenían su propio campo de aviación y un hospital.

Bananos, bananos por todos lados, nuez moscada y cacao. Yo trabajé para esa compañía por año y medio. Pero, después, cuando los bananos empezaron a florecer y reproducirse apareció una quema, una enfermedad llamada *Sigatoka*, quemando todo, también los sostenedores. Entonces, el Banco de Nicaragua se hizo responsable del lugar comprando a los Neil Blue.

El Banco comenzó cultivando una fruta llamada *mangostien*, una fruta parecida al mango, pero más pequeña. Sembraron mangostien y levantaron los soportes de nuevo, pero no prosperaron. El Banco nunca hizo nada bien en ese lugar. Cuando Somoza asumió el poder y el dinero asignó tractores y removió todos esos árboles al decidirse por sembrar caña de azúcar. En la temporada del azúcar trabajé cinco meses. Eso era pagado

por tarea, una tarea eran dos toneladas. El salario era de 8.40 córdobas por una tarea y la comida gratis. Y, desde entonces, no renovaron nada, sólo con esa caña (la instalación del ingenio empezó en 1961. No fue sino hasta antes de 1966 que la primera cosecha de caña de azúcar fue realizada). Entonces Somoza estuvo por años y años, hasta que los sandinistas vinieron y se encargaron del lugar (en 1979)».

El litoral Pacífico y el «mal tiempo»

De 1960 a 1968, Santiago no trabajó en ninguna compañía. Es decir, se mantuvo haciendo todo tipo de pequeños trabajos, como un «vago» o vagabundo, como él lo llamó. Durante estos años vivió la mayor parte del tiempo en Bluefields.

«Al dejar la Neil Blue Company, me fui a trabajar de chiclero en Karawala, río Grande, sangrando árboles de chicle (de un árbol que proporciona el material base para la goma de mascar).¹¹ Sólo trabajé para un árabe llamado Moises Dipp, aquí en Bluefields. Trabajé con él casi por un año.

Entonces, de Karawala me fui al Pacífico, un lugar en Chinandega. A mí nunca me gustó trabajar de chiclero, esa es la razón por qué dejé

ese trabajo y me fui a Chinandega. Me fui a trabajar el banano otra vez a la Standard Fruit Company. Yo tenía muchos amigos allí, pero ahora todos han muerto. Fui a Chinandega en 1969. Trabajé cuatro años y medio antes de regresar a la Costa. Para entonces, yo iba de arriba a abajo. En ese tiempo se estaba poniendo más difícil, como sabe. Los sandinistas, todo eso y aquello... Cuando las compañías comenzaron a irse, nadie quería trabajar en las compañías, porque había mucho pleito en ese tiempo de los sandinistas. Y tenía temor, así que regresé a la Costa otra vez. Me quedé aquí cuando los sandinistas ganaron, eso fue en 1979. Si, en 1979 regresé a Bluefields».

Esta fue una de las veces que insistí en preguntar a Santiago cómo había decidido ir a Chinandega. Una vez más fue por medio de un amigo que escuchó sobre las oportunidades de trabajo en la Standard Fruit Company, la cual había volcado su atención en la región del Pacífico para cultivar el «oro verde». Durante la década de 1970, la Standard era la única compañía bananera que operaba en el país, controlando todas las exportaciones.

«Por cuatro años y medio cortando bananos, en todo tipo de trabajo. Cortando bananos, cargando bananos y acomodándolos para ser transportados a la batería (planta empacadora), cortando las hojas, eso que ellos llaman saneamiento.

Cuando se corta la fruta, ellos te pagan por la fruta. En ese tiempo se acostumbraba pagar 25 centavos por fruta; y cuando se trabajaba en saneamiento pagaban por acre. En ese tiempo, ellos pagaban... no estoy seguro... 4.25 ó 4.55 córdobas por acre. Un hombre, un buen trabajador acostumbrado a este trabajo podía hacer tres o cuatro acres por día. Eso dependía de su capacidad. Y cuando las frutas comienzan a crecer hay un tipo de trabajo llamado apoyo-reembolso.

11- En 1955, la compañía norteamericana Wngley's instaló una fábrica de goma de mascar en la ciudad de Waspan en el río Coco. Esta planta operó hasta 1979 (para mayores detalles, ver Jenkins, *El Desafío...*, pp. 217-218.

Cuando la fruta crece inclinada deben poner una rama donde apoyar el árbol y una bolsa plástica para proteger la fruta. En las tres grandes haciendas bananeras llamadas Cardón, San Antonio y Ulare trabajé cuatro años y medio.

Trabajé con tres gerentes, todos eran gente nicaragüense, pero el verdadero jefe era un joven norteamericano cuyo nombre he olvidado. Luego llegó un nuevo gerente, Eddy Moreira, y las cosas cambiaron. El nunca estuvo de acuerdo conmigo; puso a su hermano a cargo del lugar, y decidí irme. La misma semana fui con otros amigos a este lugar llamado... una gran hacienda, llamada Punta Nata. Queda en la Costa del Pacífico, llamada también Manisa. Un lado queda frente a Potosí y una carretera frente al Pacífico. Allí trabajé por cinco meses durante la estación seca, cortando algodón. Luego lo dejé y fui a Costa Rica».

Las memorias de Santiago sobre su vida cotidiana en la región del Pacífico son todavía claras. El calor de Chinandega era una molestia constante y la principal causa de la fiebre y el resfrío que contrajo durante los primeros tres meses de su estadía en el área (según un doctor de la localidad era debido al cambio de clima, del Atlántico a la región del Pacífico).

El recuerda las «nubes de lluvia» que a menudo pasaban sobre las plantaciones bananeras. Aunque todos creían que eran nubes de agua, sin embargo resultaban ser de arena. Este era el fenómeno conocido como «tolvaneras», el cual era producto de la erosión ocasionada por la deforestación en el área.

«Salí y me fui a Costa Rica»

En 1975, Santiago se fue a Costa Rica, regresando a Nicaragua sólo diez días antes del derrocamiento de Somoza por los sandinistas el 19 de Julio de 1979.

«Trabajé con un hombre llamado Nano Lorilloz, ellos le llamaban Nano, su verdadero nombre era Fernando. El tenía una gran hacienda de ganado. Este hombre me hizo un buen contrato y durante ese tiempo un buen salario era 50 ó 60 colones por día.

Fui a San Carlos (sobre el río San Juan) y de allí a Los Chiles, donde encontré un amigo que dijo «este lugar es barato, vamos a San Carlos... hacia ese lugar llamado... San Carlos, en Costa Rica, el lugar que llaman... Ciudad Quezada. Encontré un hotel y estuve como seis días. El amigo que

había venido conmigo se fue al próximo lugar y me dejó solo.

Estuve en una hacienda. Esta era una gran hacienda, con unos 60 hombres y 16 casas, enormes potreros (tierra para pastar el ganado), el dueño tenía 13 haciendas. Un gran hombre. San Fernando, La Tortuga, El Toro, Tortuguero, todo tipo de hacienda (en la Costa Atlántica). Ese hombre era millonario, tenía también un aserrío. Estuve en ese lugar cuatro años y medio (de 1975 hasta 1979). Luego regresé a Nicaragua».

De regreso en Nicaragua

«Cuando regresé comencé trabajando con un pequeño contrato en Laguna de Perlas; obtuve permiso de un amigo creole, el síndico (la oficina local del puesto militar) de Tasbapounie, Laguna de Perlas, y fui a un lugar llamado Laguna Ibo. Corté 120 árboles de «Santa María» y «Cedro Macho»; cuando iba a Laguna de Perlas, acarreando los árboles, los sandinistas me atraparon y nunca me permitieron llevar los árboles a Bluefields. Ellos dijeron: «No puede llevar esos árboles». Así que arrastré los árboles hasta allí, para luego ver qué hacer. Hice unos diez viajes allí (hacia Laguna de Perlas). Para entonces, los árboles estaban sumergidos en el agua. Al mismo tiempo, un hombre de Laguna de Perlas, que me ayudaría en la venta de la madera en Managua y a llenar todos los papeles comerciales, murió de una enfermedad. Perdí todo porque nadie pudo ayudarme. Era con dinero propio, el dinero que traje de Costa Rica.

Entonces me dije, «Qué puedo hacer?» Me fui a un lugar llamado Malopí una pequeña finca y vivir allí. ¿Conoces Malopí? El gran Malopí, luego está el crique Malopí y un lugar llamado San José. Allí es donde tuve la pequeña finca. Tenía que buscar algo para vivir».

Bluefields



FOTO LORIO ARCHIVO BARRICADA

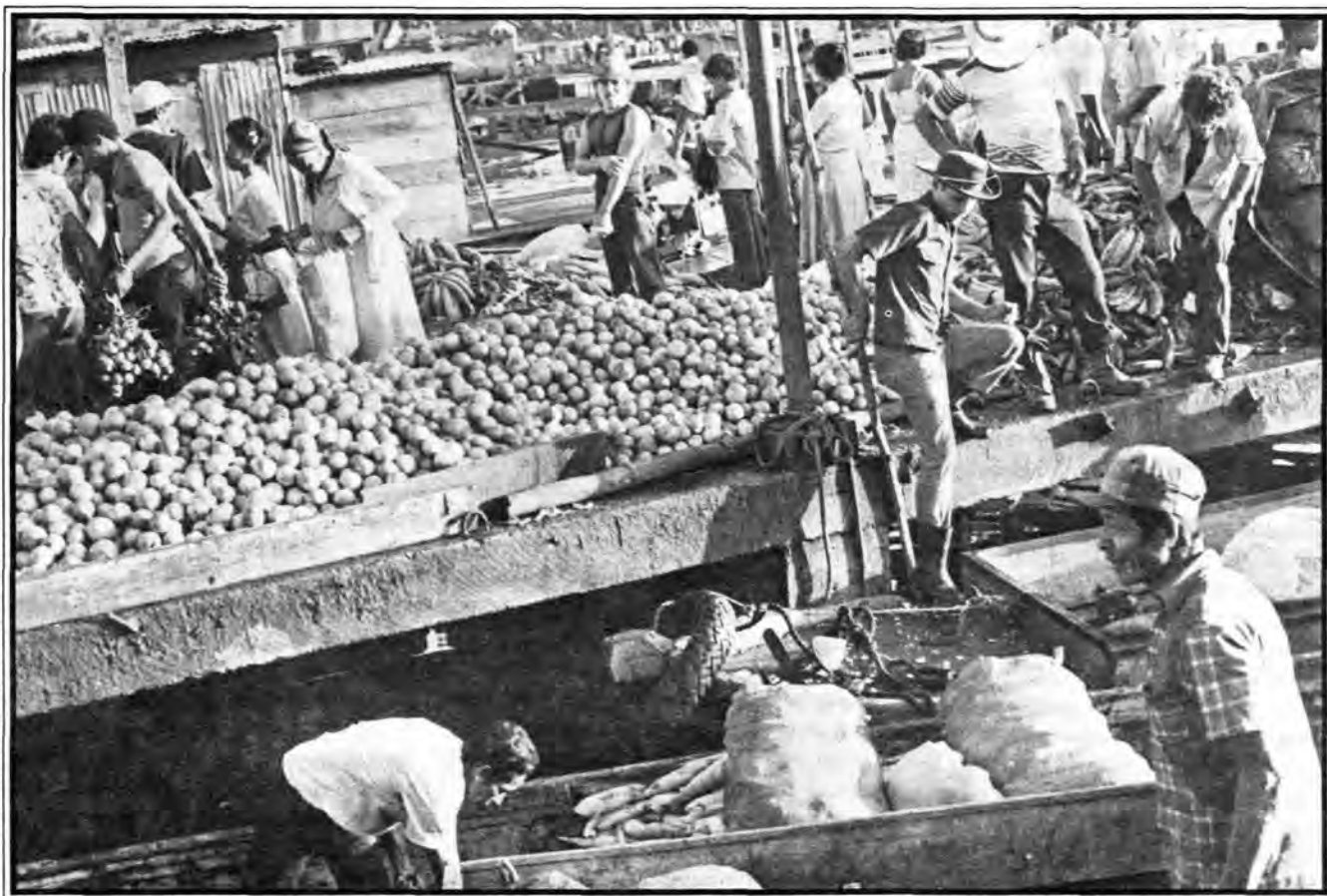


FOTO PABLO BARRETO ARCHIVO BARRICADA

Bluefields

Una vez más tuve que interrumpir y preguntar a Santiago cómo era posible hacer estos cambios.

«Esa pequeña finca era propiedad de Pedro Gutiérrez. Me dijo: «Vas a trabajarla porque yo estoy muy viejo para estar en el monte». El es amigo mío, de Bluefields. Vive aquí desde hace mucho tiempo. Ya está viejo, más viejo que yo. El vive en Santa Rosa (uno de los barrios de Bluefields). Luego dejé la finca para venir a Bluefields. Eso fue en 1982. A mí nunca me gustó. Ante todo, porque no era mía, era de alguien. Además, porque más tarde podría perder y tener problemas, así que para evitar problemas era mejor dejarla y buscar otra cosa que hacer. Vine a Bluefields y compré una casa. En ese tiempo comencé a trabajar en la empresa CORFOP-COMABLUSA (Corporación Forestal del Pueblo-Compañía Maderera de Bluefields S. A.)».

Bluefields: trabajando para la CORFOP-COMABLUSA

«Bien, los sandinistas llegaron a este lugar y la empresa comenzó a funcionar (COMABLUSA). Cuando pasó el huracán (Joan, en octubre 1988), me despidieron y dejé la empresa (su aserrío y otras maquinarias en Bluefields fueron seriamente dañadas). Ahora (en 1990) llegó el nuevo gerente y quiere que trabaje con ellos, el Capitán Zepeda. Durante todo este tiempo, el contador es Jorge Berger. Yo le conozco desde hace mucho tiempo. Desde que trabajé por primera vez en COMABLUSA, él era el contador de la empresa. Ellos me conocen desde hace mucho tiempo, así que cuando les solicito trabajo, ellos me contratan.

La primera vez que trabajaron con tractor y camión fue del lado de Musilayna (en 1982). Trabajaron con camiones, acarreado los árboles en el monte y del monte a los aserríos en Bluefields. En ese tiempo trabajaba de inspector. Inspector es el que está en el monte confirmando los lugares, verificando los árboles, dando seguimiento al trabajo, cómo lo están haciendo, si está bien o mal, estimando los costos, calculando el número de pies de madera que salen diario. En ese tiempo trabajaba sólo como inspector.

Cuando Dixon asumió, me cambió de inspector y me dio un tractor. Me dijo: «Yo quiero que trabajes con el tractor. Quiero un hombre que maneje el tractor con cuidado». Así que yo estuve de acuerdo. Tengo mi contrato en la casa. Bien, ahora trabajo de tractorista desde hace año y medio.

Todavía en el mismo lugar. En ese tiempo cortamos todo tipo de árboles: Santa María, Cedro Macho, Aceituno, Gavilán, Laurel, Pansubá, Zapote, Ojoche Colorado. Había mucha madera».

Aunque no habló mucho sobre ello, durante los años que trabajó para COMABLUSA, Santiago tuvo que enfrentarse en dos ocasiones con grupos de «contras». Afortunadamente, el sobrevivió a esos encuentros.

Después del huracán: «un pequeño negocio para continuar mi vida»

El huracán Joan afectó a Yolanda, a Santiago y sus hijos, tanto como a cualquier otra persona del área, aunque tuvieron suerte que su casa no fuera totalmente arrasada. Sin embargo, Santiago no tenía trabajo. Y las perspectivas para reintegrarse en las actividades de COMABLUSA -a corto plazo- eran inciertas, por el enorme daño causado tanto a la montaña como a la infraestructura de la empresa.

«El huracán llevó a la ruina todos los negocios, porque ahora casi no hay negocios. A veces se encuentra trabajo y a veces no, porque los negocios se han reducido, el dinero está escaso y las cosas se han encarecido (más caras). Veá, una libra de carne ahora cuesta un millón y medio (en ese tiempo: US\$ 1.00 = 900,000 córdobas); compra dos libras de carne, que son ¡tres millones de córdobas! Bueno, con el salario no se ajusta, porque nosotros no sabemos cuánto estamos devengando de salario. Porque la empresa no ha comenzado a trabajar todavía, el aserrío está cerrado y ellos no saben qué hacer».

Unos meses después del huracán, Santiago, junto a su amigo Alberto -también un contratista maderero-, trataron de conseguir un contrato privado con COMABLUSA, para extraer árboles valiosos que habían sido derribados por el huracán Joan. Ellos querían traer los árboles a Bluefields y venderlos a la empresa. Sin embar-

go, el plan no pudo realizarse porque no podían comprar las provisiones en la Empresa Nacional de Productos Básicos (ENABAS). Su solicitud para comprar comida directamente de la empresa fue rechazada, con el argumento de que ENABAS sólo proveía bienes a COMABLUSA (también estatal). A pesar de este fracaso, Santiago no permaneció desocupado. Junto con Yolanda, él comenzó un negocio tal como muchos otros lograron hacerlo en los meses posteriores al huracán.¹²

«Yo nunca trabajé en Las Pavas (el área trabajada por la compañía después de Joan, hasta Junio de 1989). Después del huracán trabajo en mi casa, atendiendo un pequeño negocio para pasar mi vida; buscando algunas cosas y vendiéndolas en Corn Island: plátanos, quequisque, arroz, papas, repollos. Las llevamos con esa compañía llamada PROMARBLUE (Compañía de Productos Marítimos de Bluefields S. A), de Corn Island. Ellos tienen sus propios barcos. Nosotros vendemos cosas en la calle. La gente viene y se llevan las cosas; a veces les damos las cosas al crédito, por diez días o una semana. Les entregamos las cosas y luego recogemos el dinero. Hasta entonces regresamos de nuevo a Bluefields.

A veces, lo que hacemos es ir a Kukra Hill. En Kukra Hill compramos bananos y plátanos directamente de los campesinos; azúcar del ingenio (el ingenio azucarero «Camilo Ortega»). También compramos arroz a los campesinos en Big Lagoon, La Palma (Africana) -todos son poblados por campesinos. Estoy tres o cuatro días en Kukra para tener todas las cosas listas, luego vengo a Bluefields y llevo las cosas al muelle de la compañía para trasladarlas a Corn Island.

Todo esto lo hago con mi propio esfuerzo, porque no son grandes cantidades. Tal vez 20 sacos de quequisque, 1,000 plátanos, tres o cuatro sacos de azúcar, dos o tres sacos de arroz. (Sin embargo) puedo hacer

algún dinero porque tengo que vivir, porque ya sabe cómo es la vida».

Trabajando por contrato

«Ahora (en 1990) estoy buscando trabajo de nuevo en la compañía (COMABLUSA). Si todo sale como espero en COMABLUSA, voy de regreso a la empresa porque me gusta trabajar en el monte. Desde que era joven he trabajado en el monte. Ya (COMABLUSA) me mandó un mensaje diciendo que ellos quieren trabajar conmigo. Veremos si podemos hacer un trato. Eso depende de ellos, porque deben garantizarlo. Nosotros tenemos que pensar en eso también. Todavía estamos esperando resolver eso. Si el precio es muy bajo, no podremos hacerlo. Porque el salario de los hombres trabajando en el monte es alto; y si el precio de la madera es muy bajo, no lo podremos hacer».

Al final, Santiago obtuvo un nuevo contrato con COMABLUSA, cortando árboles en el área del río Naris (un contrato por un millón de pies tablares). Allí trabajó por tres meses, durante el verano de 1990, como contratista a cargo de 24 hombres. El trabajo incluía todas las tareas «tradicionales» de recolectar madera: haciendo carriles (senderos), cortando árboles, preparando los troncos para ser transportados con tractores y haciendo caminos para acarrear los troncos hacia el río. El y sus hombres terminaron el trabajo el 1 de mayo de 1990.

Cada 15 días, Santiago debía viajar a Bluefields para recoger la planilla de pago de sus trabajadores y comprar provisiones. Durante una de esas cortas visitas, me dijo haber escuchado que COMABLUSA podría continuar operando porque el gobierno sueco había invertido grandes cantidades de dinero en su modernización, inversión que no querían perder. Conforme a lo dicho por Santiago, sólo una pequeña parte de la madera había sido acarreada, algunos troncos hacia el Rama, y otros al asentamiento Sam Brown, sobre el río Kama. La compa-

12. Vernooy, *Starting all over again*, pp. 121-188.



FOTO ARCHIVO CIDCA

ña le dijo que el resto podría ser transportado durante el verano de 1991.

Al terminar este trabajo, Santiago tuvo que enfrentar, una vez más, la problemática financiera y la organización caótica de COMABLUSA; él tuvo que esperar más de seis meses para recibir el pago por su tiempo y trabajo. Afortunadamente, sus trabajadores recibieron sus salarios a tiempo.

«No, no, no; no podemos hacer nada»

Cuando le pregunté a Santiago si había pensado en qué otras compañías podrían llegar a la Costa, su respuesta resultó ser un análisis interesante de la crisis económica, en la cual, sus experiencias y reflexiones son resumidas en su percepción de la situación:

«Nunca he escuchado nada sobre otras compañías, si va a llegar otra compañía o no. Sí, de algunos pequeños negocios de gente como ésa, pero no de una compañía. Y nosotros no podemos hacer nada con esa gente con pequeños negocios. ¡No, no, no; no podemos hacer nada! Como está la situación en Nicaragua, aquí en la Costa, con este aserrío..., necesitamos una compañía. Necesitamos una buena compañía, porque esta Costa realmente está arruinada. Ahora se pueden encontrar cientos de personas, de esa forma se puede apreciar el desempleo, buscando trabajo por todas partes. Diariamente, mucha gente me

pregunta: «Santiago, cuando vas a comenzar?» Y yo les digo: «no puedo decírselos. Aún no sé cuando voy a comenzar».

En Junio de 1990 participó en un estudio evaluativo de los daños ocasionados por Joan. Por 18 días formó parte de un equipo de ecologistas que viajaron a los ríos Ñaris, Kama y Kukra. El salario recibido por este trabajo era bastante alto comparado con los salarios locales. Espera tener la oportunidad de trabajar el próximo año en la continuación del estudio. «Les dije que está bien, si tengo la oportunidad puedo ir con ellos. Ellos me conocen (riéndose)».

Aparte de esto, era la nueva política y la incierta situación económica en el país la que implicaba riesgos al hacer negocios con cualquiera, ya fuera una compañía o empresarios privados.¹³ En palabras de Santiago, «En estos días nadie sabe nada. Ellos dicen esto y algunos dicen eso, pero todos están sordos ahora. Yo solamente les escucho y espero».

En Octubre de 1990, Santiago todavía no tenía trabajo. La situación con COMABLUSA no había mejorado. Nadie parecía saber cómo iba a operar la compañía. Sin capital o ayuda del nuevo gobierno, el futuro de la compañía parecía sombrío, parecía que no habría planta de producción ni trabajo para su personal.

Una vez más, Santiago y Yolanda decidieron comenzar un pequeño negocio. Vendieron una de las sierras eléctricas que habían comprado con el dinero que Santiago había ahorrado a principios de año (US\$ 500.00). Con esta pequeña suma de dinero compraron dos vacas en el área del río Wawashan y las vendieron en Bluefields al crédito. Desafortunadamente, esta transacción les trajo algunos problemas, porque recibieron el dinero más tarde de lo esperado.

Lo estimado de este tipo de operaciones es muy pequeño, de acuerdo a Santiago, «No es mayor cosa». Como un ejemplo, me dijo que si compraba algo por 100 millones de córdobas en

el «monte», se puede vender por uno 110 millones en Bluefields. Restando los costos de transporte, la ganancia es de unos 6 millones de córdobas. «No sé cómo vivo en estos días, pero me las ingenio haciendo esto y aquello. Pero la gente me conoce, así que si tienen algún trabajo me buscan».

Durante su viaje a Wawashan, Santiago tuvo la oportunidad de detectar árboles valiosos (en este caso caoba), los cuales marcó por si llegaba a un posible contrato en el futuro. También estableció contacto con un conocido empresario local, quien había mostrado interés en hacer negocios con él. Sin embargo, el dinero era de nuevo un problema y, por esa razón, el contrato no llegó a concretarse.

Hablando de esos asuntos, Santiago fue claro al afirmar que, a pesar de los problemas, prefería trabajar con la compañía (COMABLUSA). Trabajando con la compañía hay más seguridad -según él-, porque ambas partes están realmente interesadas en el negocio y, más que eso, se tiene un contrato.

La crítica situación se mantuvo durante noviembre de 1990. No había trabajo y la ciudad padecía de una escasez de comida debido a los problemas políticos que ocurrieron a fines de octubre, cuando un grupo de ex contras y Blufiños derechistas ocuparon las oficinas municipales y algunos de los edificios locales. En relación a COMABLUSA, todo tipo de rumores circulaban en la ciudad, unos aseguraban que la compañía podría cerrar y ser apropiada por alguien.

En mayo de 1991, Santiago trabajó por corto tiempo para una compañía española que estaba interesada en extraer madera de la región. Fueron al área de Wawashan por una semana, para «buscar troncos»: seleccionar los árboles y marcarlos para una eventual extracción. Sin embargo, la compañía no mostró interés en continuar trabajando en el área.

En junio, la familia vendió otra sierra, ahora por US\$ 600. De nuevo, el último pago resultó ser un problema, pues el hombre que la compró sólo pudo pagar US\$ 200. Tuvieron que

13. Vernooy, Starting all over again, pp. 123-155.

esperar varios meses por los US\$ 400 restantes.

Un mes después, Santiago- debido a su experiencia- fue llamado para hacerse cargo de un proyecto financiado por la Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos (USAID). Este proyecto era parte del programa para crear empleo, una medida correctiva a la nueva política

de la UNO de reducir la burocracia estatal. El proyecto sería llevado a cabo en un período de dos años, poniendo fin, de manera temporal, a la incertidumbre que enfrentaban Santiago y su familia. Era comprensible que, cuando el proyecto fue pospuesto por casi un mes, Santiago dudara de nuevo en la llegada de «mejores tiempos». Finalmente, en agosto, fir-

mó un contrato con IRENA-USAID (Instituto de Recursos Naturales y del Ambiente-Agencia de Desarrollo Internacional de los Estados Unidos). En negociaciones sobre su salario, no quedó totalmente satisfecho, pero la seguridad de un trabajo por dos años motivó su decisión.

Conclusión

Desde sus primeros años como aprendiz en el sector maderero, hasta ahora como trabajador para USAID, la experiencia laboral de Santiago Rivas refleja una historia llena de matices, enfrentándose a incertidumbres y cambios. Por un lado, la enorme lista de distintos trabajos realizados permite darnos una idea de los continuos vaivenes de la economía costeña durante las últimas cinco décadas. El esquema ocupacional que recorrió refleja la naturaleza errática de las fuerzas que «empujan», representadas por las compañías extranjeras y nacionales (costeñas) y por los empresarios que, a través de los años, han explotado los recursos naturales y la fuerza de trabajo de la región. Sin embargo, el recorrido laboral de San-

tiago ha sido también influenciado por las fuerzas que «empujan». Estas fuerzas han impulsado la (probable única) dirección en que Santiago se ha dirigido a buscar trabajo, satisfacer sus necesidades y resolver problemas cotidianos.

A partir de contactos familiares para trabajar en «el monte» llegó a ser parte de una amplia red de relaciones sociales. Es a través de esta amplia red de conocidos, amigos, parientes, y lo que podría llamarse contactos profesionales, lo que le permitió buscar y efectivamente encontrar (nuevos) trabajos. Al mismo tiempo, en muchas ocasiones, por medio de esos trabajos ha establecido nuevos contactos.

Buscar la manera de vivir y sobrevivir en la Costa Atlántica es prácti-

camente imposible sin la construcción e inversión en estas relaciones. En el caso de Santiago, el éxito relativo de su carrera (dadas las oportunidades disponibles) tiene una estrecha relación con la calidad de su red social, en combinación con factores como su inteligencia y experiencia. De esta manera, el caso de Santiago no sólo revela las deficiencias en la mayoría de las interpretaciones de la historia costeña elaboradas hasta la fecha, sino que también ofrece claves para futuras investigaciones.

Esta conclusión no se contradice con la narración de Santiago, donde tiende a reflejarse como un hombre que se ha hecho a sí mismo. Su ejemplo podría ser interpretado como una señal de la persistencia e independencia, al encontrar inestabilidad e inseguridad en la sociedad y economía costeña (y nicaragüenses). Este relato también representa un claro contraste con la imagen pasiva del hombre o mujer de la Costa, la víctima del imperialismo, capitalismo u otros sistemas.

El último punto, que se relaciona con la construcción de la imagen de un hombre que se ha hecho a sí mismo, se refiere al impacto del género. Podríamos asumir que el relato de Santiago tiene fuertes matices en la percepción del papel de los géneros. Para concluir, por tanto, podemos decir que las mujeres costeñas no sólo podrían narrar historias diferentes sino de distintas maneras. Nos quedan otro millón y una historia por contar.

Traducción de Betty Muñoz



FOTO GERMAN MIRANDA, ARCHIVO BARRICAIDA